de las agresiones sufridas a manos del Estado —el enemigo exterior, condenado como único culpable del conflicto entre españoles y catalanes o vascos—. A continuación, la denuncia política y la persecución cultural —idioma incluido— contra los partidos sucursalistas y sus posibles votantes, a los que se designa como enemigo interior para hacerles objeto de una caza de brujas que busca excluirlos del espacio público catalán o vasco. Y por fin, la creación de un amplio frente nacional, expreso o tácito, destinado a erigirse en mesiánica vanguardia de la lucha de liberación catalana o vasca contra la opresión española.

Hasta aquí el repaso de las opuestas, pero paralelas, agendas ocultas que conforman la estrategia política de los tres vértices políticos del escenario español: el partido en el poder, la oposición antisistema y las fuerzas nacionalistas. Podrá comprobarse que casi nada de esto tiene apenas que ver con los intereses reales de los ciudadanos, que se quedan al margen de todo, olvidados en el sufrido encierro de su vida cotidiana. Pues estas agendas ocultas sólo obedecen a la voluntad de poder que enfrenta a las fuerzas políticas unas contra otras.

Las agendas retóricas

Finalmente, queda por ver el contenido semántico de los mensajes mediáticos que estas tres fuerzas políticas dirigen a la ciudadanía para tratar de interesarla, de convencerla y, eventualmente, de movilizarla. Como es lógico, estos mensajes están diseñados al servicio de la estrategia política previamente definida por sus agendas ocultas, cuyos fines últimos tratan de satisfacer. Pero en la medida en que deben ser expuestos en términos discursivos, han de poseer una relativa autonomía propia, a fin de que resulten mínimamente convincentes y significativos. Digamos que tienen que contar historias con moraleja, para lo que deben poseer alguna estructura narrativa hilvanada con un hilo conductor que parta de un cierto planteamiento, establezca un nudo argumental y conduzca a un desenlace predeterminado, favorable a los intereses del emisor. Pues la propaganda política, al igual que la publicidad comercial, también es un discurso articulado con algún sentido final: es decir, un cuento alegórico que transmite un mensaje moral.

¿Qué tipo de cuentos con moraleja nos endilgan nuestras fuerzas políticas? El género literario al que pertenecen todos ellos es siempre el mismo: la denuncia profética, como crónica de un desastre anunciado que sólo tiene remedio si se atienden las admoniciones del que lo predice. Lo cual es coherente con la factura de las agendas políticas, que como se sabe consisten en listas de problemas por resolver ordenados por prioridades. Pero lo peculiar de las agendas españolas es que sus problemas son narrados como si fueran especies de un solo género: el de las enfermedades del cuerpo social, causadas por patologías políticas. Algo que ya quedó caricaturizado al comienzo de este libro.

Aquí viene a cuento lo dicho por Susan Sontag en su célebre ensayo *La enfermedad y sus metáforas,* pues en efecto, para la clase política española, todos sus argumentos discursivos se reducen a la lucha contra la enfermedad como metáfora política omnipresente. Pues resulta que, según sabemos por autores como Lakoff, la metáfora es la mejor herramienta persuasiva. Y dada nuestra tradición iconoclasta, la retórica española siempre ha recurrido a las metáforas negativas: la decadencia, el enemigo interior, la crisis nacional... y la enfermedad, evidentemente.

Una enfermedad es un estado de excepción que rompe la normalidad del cuerpo, dejándolo postrado por la fiebre o el dolor, entre otros síntomas morbosos. Semejante patología está producida por algún agente causal, identificado por el diagnóstico: un virus, una bacteria, un trauma, una malformación endógena, una degeneración. Tras haber detectado la naturaleza del mal, se debe formular un pronóstico estableciendo los posibles escenarios de evolución de la enfermedad, sea hacia su agravamiento, que podría ser incurable e incluso mortal, o

hacia su curación, si se restablece la normalidad. Y finalmente hay que proponer un tratamiento terapéutico, a fin de ayudar al cuerpo enfermo a superar su enfermedad evolucionando hacia la curación.

Pues bien, esta metáfora patológica es la más comúnmente utilizada, aunque no sea con esas palabras, por el discurso político español. Sean cuales fueren los medios, las ocasiones o los escenarios, tras los discursos de nuestros políticos —o de sus portavoces mediáticos— siempre se deja traslucir el mismo mensaje morboso y medicalizador: nuestro pueblo es víctima de una grave enfermedad causada por agentes malignos que sólo tiene curación si nos dejáis administrarle las terapias que proponemos: el regeneracionismo, Europa como solución u el ominoso «cirujano de hierro». Lo que difiere de unas a otras fuerzas políticas es cuál es, para cada una de ellas, el síndrome patológico, cuál el diagnóstico causal, cuál el pronóstico futuro y cuál el tratamiento terapéutico propuesto. Veamos el cuadro clínico que propone hoy cada formación:

Comencemos por la sintomatología. Para la oposición del PP, nuestro estado de salud es catastrófico, pues España está aquejada de una grave crisis de emergencia nacional que amenaza con destruirla, cuyas peores manifestaciones son las siguientes: el peor síntoma es la balcanización de España —la desintegración territorial causada por la deriva confederal en que ha caído el desarrollo autonómico por efecto de las cesiones ante los nacionalistas—; después, la ruptura de las reglas constitucionales de juego pactadas durante la transición por consenso entre la derecha y la izquierda; y por fin, la reanudación de la amenaza terrorista —que había sido sofocada por la firmeza de Aznar pero que ahora se ha visto reforzada a causa del mal llamado proceso de paz—.

La sintomatología detectada por el Gobierno socialista es muy distinta, dado el optimismo antropológico de su Presidente. No existe ninguna crisis de supervivencia, al revés, la situación del país continúa siendo fundamentalmente sana en lo

Fig. 2: *Agenda retórica de cada fuerza política*

	Oposición PP	Gobierno PSOE	Nacionalistas
Síndrome	- Crisis nacional - Desintegración de España - Ruptura reglas de juego - Retorno del terrorismo	- Crispación política - Bloqueo de reformas - Conflicto territorial - Discriminación social	- Centralismo estatal - Déficit de soberanía - Desnacionalización - Decadencia cultural
Diagnóstico	- Irresponsabilidad ZP - Mal gobierno indigno - Cesión al nacionalismo - Rendición al terrorismo	- Herencia Aznar - Resentimiento del PP - Insolidaridad de la derecha - Injusticias históricas	- Enemigo exterior - Enemigo interior - *Café para todos* - Constitución española
Curación	- Unidad de España - Buen gobierno capaz - Estado de derecho - Consenso transición	- «España plural» - Reformas institucionales - Estado de bienestar - Nuevo consenso plural	- Confederación - Autodeterminación - Estado libre asociado - Independencia
Terapia	*«Padre estricto»:* - Sentido común - Nacionalismo español - Firmeza política - Educación para el esfuerzo	*«Padre nutricio»:* - Diálogo («talante») - *Modus vivendi* federal - Ampliación derechos - Educación para la ciudadanía	*«Padre redentor»:* - Profecía mesiánica - Patriotismo étnico - *Nation building* - Educación etnocéntrica

esencial. Y casi todos los problemas de conflictividad política que brotan de forma recurrente están causados únicamente por la crispación que provoca el PP en su ejercicio de oposición destructiva, que bloquea sistemáticamente los intentos de reforma institucional proyectados por el Gobierno. Unas reformas que, en el caso de las constitucionales (Senado) y estatutarias (Cataluña, País Vasco), son necesarias para facilitar una mejor integración territorial, dado el déficit de autogobierno autonómico heredado del centralismo anterior. Como también hace falta reformar las políticas públicas (el cuarto pilar del Estado de bienestar) a fin de paliar las bolsas de discriminación civil y exclusión social que subsisten todavía: mujeres maltratadas y con mala inserción laboral, inmigrantes explotados, ancianos dependientes, etcétera. Reformas todas ellas bloqueadas por la oposición destructiva del PP.

En cuanto a los nacionalistas, dibujan un cuadro clínico intermedio, casi tan pesimista como el del PP —pues no se dan por satisfechos con el desarrollo autonómico alcanzado—, aunque algo menos crispado dadas las buenas relaciones que mantienen con el Gobierno. De cualquier modo, continúan denunciando la persistencia del perverso centralismo estatal, que para ellos no ha mejorado en absoluto y sigue privando de su soberanía política a unas administraciones autonómicas meramente descentralizadas pero con déficit de autogobierno. De ahí que sus pueblos sigan postrados en la impotencia, dada su grave amenazada de desnacionalización con la consiguiente pérdida de sus señas históricas de identidad nacional. Y en especial, lo más traumático, según ellos, es la decadencia de sus singularidades culturales, sobre todo de las idiomáticas, por culpa del efecto disolvente que sobre ellas ejercen la globalización y el imperialismo cultural del idioma castellano.

Pasando a la etiología de los males detectados, las tres formaciones parecen haber identificado con gran precisión sus agentes causales. Para el PP, su diagnóstico es rotundo: el presidente Zapatero es el gran culpable, como responsable último de todos los males que están hundiendo a España en una crisis casi

insuperable. El origen del mal está en la catadura moral del personaje, que aparte de insensato e incompetente es, para el PP, un perfecto irresponsable sin ideas, principios ni carácter que se muestra dispuesto a jugarse el interés nacional de España con tanta imprudencia como relativismo. De ahí que su ejecutoria sea un triste ejemplo de indigno desgobierno, que no obedece a ninguna estrategia definida pues sólo consiste en la oportunista improvisación de «ocurrencias» tácticas, adoptadas sobre la marcha por puro afán electoralista. Y los demás agentes causales del mal son sus cómplices radicales que le sostienen en el poder: los republicanos, los nacionalistas y los terroristas, que van ganando terreno gracias a las cobardes cesiones otorgadas por la debilidad política de Zapatero.

Pero como es lógico, el diagnóstico del partido en el poder resulta diametralmente opuesto. El origen próximo del nefasto clima político actual hay que buscarlo, ante todo, en la fatídica herencia dejada por el anterior presidente Aznar —que abusó del poder con excluyente sectarismo unilateral, corrompió las instituciones en su beneficio y nos embarcó en la ilegal ocupación de Irak—, causa última de todos los desastres actuales. Pero no es sólo la herencia de su ejecutoria pasada, pues su afán de venganza todavía continúa envenenando la escena española al imponer a su partido —a través de sus peones Zaplana y Acebes— la política del resentimiento, causa inmediata de la crispación actual. A estos factores personales aún hay que añadir otros estructurales e históricos, que explican las tensiones políticas actuales. Entre ellos destaca la insolidaridad de la derecha centralista, que pretende patrimonializar a España como si fuera una finca de su propiedad particular, excluyendo a los demás (socialistas y nacionalistas) del acceso a sus instituciones (la justicia, etcétera). De ahí la persistencia de graves discriminaciones sociales causadas por décadas de injusta dominación oligárquica, como las sufridas por las víctimas de la violenta represión franquista.

Y de forma análoga, también el nacionalismo posee su propio diagnóstico de agentes infecciosos, causantes del mal espa-

ñol. Para ellos, el enemigo principal es, por supuesto, Madrid, como capital del Estado centralista al que consideran su enemigo exterior. Seguida inmediatamente de los odiados sucursalistas (secciones territoriales de los partidos mayoritarios), su enemigo interior, en tanto que caballos de Troya o agentes infiltrados por Madrid entre las filas del nacionalismo para socavarlo desde dentro. Y a estos culpables personales o colectivos hay que añadir los culpables institucionales: el *café para todos* del uniformizador ordenamiento autonómico y la Constitución española, como límite infranqueable que hace imposible la soberanía nacional.

Respecto a la salutífera utopía color de rosa, o destino de salvación, que cada fuerza política propone como fin último, también sus escenarios respectivos difieren radicalmente. Para el partido conservador, la España perfecta que nos prometen y por la que dicen luchar se caracteriza ante todo por la indiscutida e indiscutible unidad nacional, aunque esté administrativamente descentralizada. También debe estar regida por la práctica del buen gobierno: responsable y eficaz, competente y capacitado. Todo ello dentro del Estado de derecho, bajo el imperio de la ley y con la garantía judicial y policial de mantenimiento del orden público. Lo que se resume en la restauración del gran consenso que hizo posibles la transición democrática y la reconciliación nacional.

En cambio, el desiderátum soñado para el futuro por el Gobierno socialista de Zapatero viene a ser frontalmente opuesto. Frente a la unidad nacional, la España plural: una convivencia armoniosa de territorios autónomos con máximo autogobierno respetuoso de los hechos diferenciales. Frente al buen gobierno conservador, el gobierno progresista que apuesta por las reformas institucionales para adaptarse al cambio social. Frente al represor Estado de derecho, el protector Estado de bienestar, que reconoce, amplía y garantiza los derechos universales de los ciudadanos. Y todo ello también alcanzado mediante el concurso del consenso: pero no aquel viejo consenso de la transición, como pacto del olvido negociado a dos entre

franquistas y antifranquistas, sino un nuevo consenso abierto a todos, que incluya también a la izquierda republicana y a los nacionalismos soberanistas en un nuevo contrato federal.

Pero ese camino de salvación progresista con el que dice soñar Zapatero no es, desde luego, el soñado por los nacionalistas. Su senda de emancipación nacional parte en busca de una utópica tierra prometida a través de una serie de etapas, que no son metas en sí mismas sino sólo peldaños de ascenso hacia la cumbre final. Primero la confederación, que no ha de confundirse con el federalismo de Zapatero por asimétrico que sea. Después, la autodeterminación o el derecho a decidir en forma de consulta popular. Luego el Estado libre asociado, unilateralmente autodeterminado y bilateralmente negociado con Madrid. Y por último la independencia nacional, como soberana tierra de promisión.

¿Cómo escapar de la enfermedad política que nos corroe para encaminarnos por sendas emancipatorias hasta alcanzar las redentoras utopías que nos salvarán de todo mal? Aquí es donde aparecen las distintas terapias de tratamiento médico que pretende administrarnos cada fuerza política. En el cuadro esquemático anterior, he colocado estas tres terapias bajo el rótulo de tres figuras paternas: *padre estricto* para el PP, *padre nutricio* para el PSOE, *padre redentor* para los nacionalistas. Y esta metáfora paterna exige una previa aclaración.

Según el ya citado lingüista George Lakoff, el sentido común siempre tiende a asociar metafóricamente la convivencia política con la familiar. Y si el Estado —o la comunidad civil— es como una gran familia con relaciones igualitarias de fraternidad entre los ciudadanos, entonces la figura del progenitor ha de simbolizar metafóricamente a la del gobernante. Pero hay padres y padres. En su célebre best seller *No pienses en un elefante*, Lakoff deduce que las retóricas conservadoras —la del partido republicano en Estados Unidos— tienden a identificar el buen gobierno con el padre estricto, autoritario y exigente, según el modelo de Abraham en el Antiguo Testamento, mientras que las progresistas —la del partido demócrata estadounidien-

se— lo hacen con el padre nutricio, benefactor y estimulante: el modelo de san José según los Evangelios.

¿Y qué pasa en España? Entre nosotros, la metáfora más usada es la del «padre indigno». Como nuestro estilo de lucha política es eminentemente destructivo, nuestros ideólogos no pierden el tiempo en defender su modelo paternal de gobierno, pues prefieren invertirlo en atacar el modelo rival tachándolo de degenerado: no es propio de un padre, sino de un padrastro ruin y miserable, que maltrata a sus hijos deshonrando a la familia y dilapidando el patrimonio. Pero más allá de esta común licencia retórica, cabe reconocer diferentes estilos de paternidad gobernante en las respectivas terapias que proponen. Pues aunque lo ignore —como el burgués gentilhombre de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo—, nuestra clase política siempre se expresa en clave paternalista, tratando a los ciudadanos como si fueran menores que tutelar.

De acuerdo a lo establecido por Lakoff, también los conservadores del PP proponen como tratamiento curativo la figura del padre estricto: un gobernante basado en el sentido común —la receta preferida por Mariano Rajoy—, sensato y responsable, metódico y organizado, que rehúye tanto las ocurrencias incoherentes como los regalos indiscriminados. Un padre que antepone la unión de la familia —que si reza permanece unida— a la felicidad o la realización de sus miembros, y de ahí la defensa a ultranza del nacionalismo español: desfiles, bandera, himno, etcétera. Un padre autoritario que no duda en recurrir a la mano dura, sin consentir ni tolerar con culpable permisividad las debilidades de sus hijos. Lejos de eso, emplea la firmeza en todos los órdenes de la vida: contra el terrorismo, contra los nacionalistas, contra los inmigrantes, contra las desmedidas reivindicaciones imposibles de asumir, etcétera. Un padre, en suma, cuya pedagogía política se basa en el ideal de la educación por el esfuerzo, su método preferido de enseñanza disciplinaria.

Veamos ahora la figura del padre nutricio, la metáfora empleada en común por los demócratas estadounidenses y el progresismo de Zapatero. Se trata en los términos de Lakoff de un

gobernante paternal que se preocupa de sus ciudadanos por anticipado, a fin de garantizar su igualdad de oportunidades y estimular su realización personal y colectiva con incentivos morales, como el de reconocerles su identidad diferencial (mujeres, homosexuales, inmigrantes, etcétera) con plena autonomía propia. Si el padre conservador recurre al conformista sentido común, tan caro a Rajoy, el padre progresista tipo Zapatero recurre al *talante:* el diálogo abierto con los demás miembros de la familia, a fin de que todos puedan expresar libremente sus reivindicaciones acordando un *modus vivendi* de convivencia pacífica que permita conciliar el autogobierno con la plena integración federal. Por eso, frente a la inflexible rigidez de la firmeza estricta, el padre nutricio emplea la generosidad flexible, ampliando el reconocimiento de toda clase de derechos civiles y sociales. Un estilo de pedagogía política que como mejor puede expresarse es mediante la educación para la ciudadanía, en el que cada cual debe aprender a respetar los derechos ajenos en justa reciprocidad.

Y así llegamos a una figura paterna no prevista por Lakoff: la del padre redentor, propia de los nacionalistas irredentos que se ofrecen cual Moisés a sacar a su pueblo del destierro español para guiarlo hacia la tierra prometida. Un estilo de paternidad iluminado y profético, fundado en el mesianismo victimista, que en el nombre del pueblo impone a sus hijos un patriotismo radical antisistema —pues a fin de cuentas, la voz «patria» procede de la potestad paterna—. Esta larga marcha de peregrinación nacional hacia la tierra prometida exige una constante acumulación de esfuerzos colectivos, llamada por los teóricos *nation building* (erección casi fálica del edificio nacional). Una construcción nacional que, para poder nacionalizar al pueblo, tiene que alterar todas las instituciones (jurídicas y políticas, culturales y civiles, éticas y estéticas) para disponerlas al servicio de la sagrada causa. Lo cual implica una pedagogía política basada en la educación etnocéntrica, que encuentra su mejor campo de aplicación en la historia sagrada, en la mitología milenarista y en la inmersión lingüística.

Las agendas negativas

El problema que plantean a sus promotores estas tres agendas retóricas es el de su escasa credibilidad por falta de verosimilitud. Aunque sea un cuento infantil que se narra a menores inexpertos —y mucho más si se cuenta a ciudadanos escépticos y escarmentados—, todo relato debe tener visos de realidad si pretende resultar creíble, o al menos ser escuchado con suficiente interés y atención. Pero la metáfora de la enfermedad nacional no es verosímil porque no es realista en absoluto. La España real de carne y hueso no está en crisis ni crispada, como tampoco lo está Galeuzca (Galicia, Euskadi y Cataluña). Sólo parecen estarlo en la delirante imaginación de nuestros salvapatrias, que se encierran en sus burbujas retóricas para aislarse de la realidad social.

Y como los propagandistas políticos adivinan que no se les presta crédito suficiente, para retener la atención de la audiencia optan por cambiar el registro de sus mensajes. En lugar de insistir en convencernos de la veracidad de sus enfermizas alarmas, se dedican a rebatir y refutar las agendas retóricas de sus rivales. El clima de crispación que impera en la lucha política española no radica tanto en las razones verbales que alegan nuestros políticos en sus denuncias proféticas, consistentes todas ellas en enfermedades imaginarias —de nuevo como en otra comedia de Molière—, sino en los esfuerzos que despliegan para desmentir las razones de sus adversarios. Y el primer desmentido que resulta obligado hacer es rechazar las acusaciones ajenas sobre la propia responsabilidad, lo que lleva a contraatacar descargando todas las culpas sobre los demás.

De ahí que la agenda pública de debate se convierta en una trifulca de acusaciones mutuas, degenerando en una pelea de patio de colegio donde todos intercambian golpes bajos y denuncias cruzadas. Y en esta trifulca las tres fuerzas utilizan la misma retórica destructiva, pues cada una acusa a las otras dos de tener una

agenda oculta, lo que les permite rechazar sus agendas públicas. Así, el Gobierno concentra la mayor parte de sus esfuerzos dialécticos en negar el cuadro clínico que sobre la enfermedad española formulan tanto la oposición como los nacionalistas, y lo mismo hacen éstos respecto de aquellos.

Pero como la naturaleza del mal y los objetivos a alcanzar son difícilmente rebatibles, pues dependen de la ubicación ideológica de cada ciudadano, que puede ser inamovible, casi todo el esfuerzo retórico se invierte en rebatir quiénes son los responsables —los culpables del mal— y cuáles los métodos de tratamiento —los procedimientos terapéuticos— que denuncian y proponen los contrarios. Pues no se puede cambiar de cuerpo ni de enfermedad, pero sí de medicinas o de médicos. Es difícil criticar convincentemente la unidad de España, el Estado de las autonomías o el autogobierno territorial, pero en cambio sí se puede atacar con éxito la caza de brujas, la manipulación de la realidad o las dudosas recetas curativas que proponen los demás.

Por ejemplo, cuando el PP sacó a la calle sus manifestaciones de nacionalistas españoles el día de la Hispanidad para dar un banderazo en la cabeza al Gobierno, éste se lo tuvo que tragar sin atreverse a rechistar, y sólo pudo contraatacar llevando al Rey a Ceuta y Melilla para embanderarlas con enseñas patrias, como única forma de robarle al PP el tema transversal e interclasista de la identidad española —tema emocionalmente sensible y clave para retener el voto centrista de la clase media moderada—. Y ante esa retórica común e indistinta entre derecha e izquierda, lo único que cabe criticar para marcar distancias son las intenciones ocultas de sus promotores y los efectos perversos de las medidas adoptadas. Así, llevar al Rey a Ceuta y Melilla significa manipular a la corona española y dañar las relaciones con Marruecos.

Por eso, cuando no puede haber debate sobre la salud o la enfermedad de la patria, entonces la retórica negativa se concentra en la descalificación tanto de los médicos —los rivales políticos—, acusados de ser matasanos incompetentes, como

de las medicinas —las propuestas del contrario—, tachadas de inútiles, contraproducentes y peligrosas: futilidad, perversidad y riesgo, por decirlo al estilo de Hirschman. Y respecto a las imputaciones de maldad profesional, hay que invertir los mayores esfuerzos en desmentir y refutar las acusaciones de los rivales, demostrando la propia inocencia con inversión de la carga de la prueba.

Por ejemplo, para defenderse de la acusación del PP de ser un radical por venderse al independentismo republicano, Zapatero tuvo que demostrar con hechos que sabía huir del abrazo del oso ofrecido por Carod-Rovira, y para eso tuvo que romper con Maragall y echarse en brazos de Artur Mas. Pero otras acusaciones son más difíciles de rebatir. Es el caso de la confabulación *conspiranoica* del 11-M, inventada para demonizar a Zapatero de forma objetivamente irrefutable, pues la mera sospecha no se puede desmentir. Ante tales acusaciones que no se pueden contrastar con la evidencia no hay defensa posible, y sólo cabe contestar organizando otro ataque aún más irrefutable.

En cuanto a la crítica de las malas prácticas profesionales, aquí es donde mayores recursos retóricos se invierten en tratar de demostrar que el competidor hace trampas en materia de procedimientos, sagrados en la democracia formal. No hay que insistir ni alargarse en este punto, pues ha sido repetidamente aludido a lo largo del libro. Todos acusan a todos los demás de romper las reglas y de violar el reglamento Y en esto se comportan con el pueril machismo de críos que juegan en el patio del colegio —según el célebre experimento analizado con lucidez por Carol Gilligan—, parando el juego a cada momento para pelearse por las acusaciones cruzadas de estar haciendo trampas. Y el peor ejemplo en la política española lo dio la comisión parlamentaria que investigaba el 11-M, justamente reprobada por ello con gran indignación por Pilar Manjón en nombre de las víctimas de la masacre.

Pues en definitiva, el debate político español se reduce a un litigio de recriminaciones mutuas donde cada parte se dedica a inculpar a sus contrarios imputándoles la infección del mal y

condenando sus malas prácticas. Así es como la medicalización de la política acaba por degenerar en su enjuiciamiento criminal, convirtiéndose en un debate cruzado de procedimientos penales donde todos los sospechosos se defienden ejerciendo la acusación preventiva a título de fiscales para evitar su condena en tanto que culpables, prefiriendo quedar como inquisidores antes que pasar por alguaciles alguacilados. Es la agenda negativa que conforma la estrategia de comunicación de nuestras fuerzas políticas, obsesivamente dirigida a destruir la agenda de sus competidores.

Y como cada parte se ve constantemente asediada por los ataques destructivos que le dirigen las demás, necesita apelar a sus bases sociales en busca de apoyo incondicional. Todas saben que sus argumentos retóricos —como el de la presunta conspiración del 11-M— han quedado desacreditados por la realidad. Pero apelando a la fe del carbonero, tratan de recabar al menos la adhesión irracional de aquellos seguidores más fieles a quienes les gustaría creer en las razones de los suyos y para eso las dan por ciertas en contra de toda evidencia: todo por los nuestros, con razón o sin ella.

Es una retórica negativa que ya no busca persuadir sino sólo librarse del naufragio —como en la Numancia sitiada por las fuerzas del mal— solicitando el debido auxilio de los suyos: «¡Salvadnos, que nos ahogan!». Esta búsqueda de apoyo incondicional es el auténtico objetivo oculto de la retórica negativa a la española. Se inculpa al contrario de los peores crímenes, por inverosímiles que sean, para utilizarlos como disculpa eximente de los propios pecados, a fin de exculparse por anticipado ante los votantes a la espera de ganarse su absolución y de comprometer su lealtad electoral. Apoyo incondicional que, una vez obtenido, exime a nuestros representantes de rendir cuentas ante la ciudadanía por su renuncia a defender los intereses reales de sus votantes, que quedan excluidos de la agenda pública. Una coartada retórica, en suma, que les permite blindarse con impunidad en el ejercicio irresponsable de su representación social.